

finca, cuya traza e indumentaria son tan típicas y tan perfectamente concebidas que hasta se le está oyendo el jhl, propio de los herencianos.

Los guardias son los gañanes de D. Joaquín y el de la izquierda un tal Pozo, que por añadidura está en su lugar descanso y sin hacer caso al perro que le acomete por detrás.

Los uniformes están impecables con arreglo al uso de entonces, con las bocaman-gas y cuellos en paño encarnado, los correa-jes amarillos y las guerreras como levitines con los botones plateados. Ninguno está preocupado por la presa que acaban de hacer, tienen todos la misma tranquilidad que las liebres y el conejo que yacen ante el grupo y de los perros el único que está en carácter es el que ladra al

guardia, pues el del rabo entre las patas que está maravilloso se muestra zalamero en lugar de alarmado. En último término está Calalo, el famoso guarda de D. Joaquín, temido no solo por los cazadores sino hasta por los conejos que lo conocían en el pisar y se iban a las bocas corriendo. Viste pantalón de pana de color tabaco, chaquetilla ligera, som-

brero de fieltro negro, la bandolera y la escopeta al hombro, sin ningún gesto de fiereza de los que le caracterizaban. Todo ello fidelísimamente reproducido, tan fidelísimamente que los personajes ni siquiera fingen el sentir propio del momento que representan, pero acreditan sobradamente que el pintor que los pintare buenísimo pintor sería.

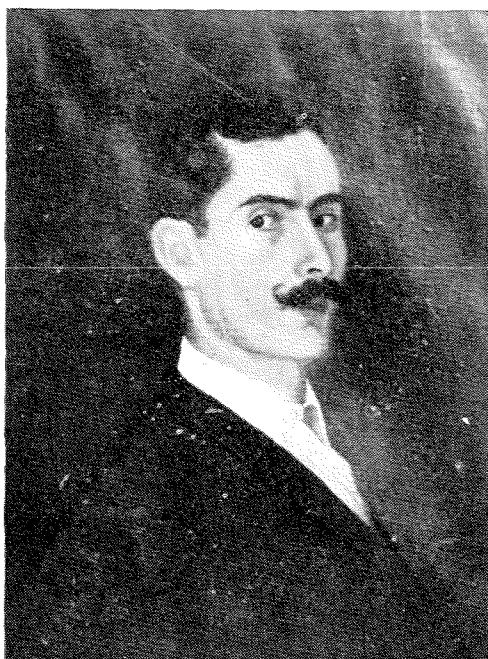
El autorretrato de Antonio Murat, está fechado en Sevilla el año 1903, nueve años después de hacerle D. Alvaro el documento copiado y por lo tanto a los veintiseis años de

edad, ya próximo a retornar a su tierra puesto que el 1905 hizo la cabalgata y por entonces también, en una gran nevada, aplicó sus conocimientos escultóricos a construir en la Plaza las estatuas de D. Quijote y Sancho, que se helaron en la umbría del Casino y duraron muchos días permitiendo que se admirara su habilidad.

Lo esencial en la pintura de

retratos es lograr el parecido y la belleza del cuadro expresando el carácter del individuo para que se perciban las cualidades de su espíritu. Si el retrato lo es de uno mismo, el autor confesará, insensiblemente, el concepto en que se tiene.

El se pintó estirado, más de lo que era y la cabeza entre las nubes, tendencia más de los rebajotes que de las aspiraciones desmesuradas. Lo oscuro del celaje confundido con lo negro del atuendo hacen borrosa la silueta del tronco. Se



Autorretrato de Antonio Murat Octavio